

Empleo precario en EU

Araceli Damián*

En la segunda mitad de los años noventa, que coincide con el inicio de la administración Clinton, la economía de los Estados Unidos (EU) comenzó una fase de recuperación. Entre los resultados más cacareados de esa “era” se encuentran la generación de empleos y los bajos niveles de desempleo.

Sin embargo, como señala Jared Bernstein, el porcentaje que representan los empleos precarios (caracterizados por remuneraciones bajas y sin seguridad social) es más alto que en otros países desarrollados (“The Low Wage Labor Market: Trends and Policy Implications”, en Crouter Ann C. y Alan Booth eds., *Work Family Challenges for Low-Income Parents and Their Children*, Lawrence Erlbaum Associates, Publishers, New Jersey, Londres, 2004).

Además, para este autor la alta proporción de empleos precarios es una parte integral de la macroeconomía norteamericana, ya que permite mantener niveles bajos de inflación (al contribuir a que los precios en el sector servicios y de comercio se mantengan bajos), y ayuda a reducir el desempleo y a mantener altas las tasas de empleo. De igual forma, la disponibilidad de mano de obra dispuesta a trabajar por bajos salarios permite sostener el estilo de vida norteamericana, ya que estos trabajadores proporcionan servicios a una sociedad cada vez más bifurcada, en términos de ingresos y clase.

El objetivo del trabajo de Bernstein es analizar las recientes tendencias del empleo en los sectores de bajas remuneraciones en EU, pero, a diferencia de los estudios convencionales sobre el tema (que presentan la evolución de las características de los trabajadores de este sector del mercado laboral), el autor trata de mostrar la relación de este tipo de empleos con la pobreza. Por tanto, incluye información de los trabajadores que, además de ganar bajos salarios, viven en hogares pobres.

Esta distinción es importante cuando se estudia la relación entre la pobreza y el empleo, ya que un trabajador de bajos ingresos no necesariamente es pobre (ya que la pobreza se determina por el ingreso del hogar y no de un individuo). Así, en 2001 el 24% de los trabajadores en EU recibían un ingreso bajo, pero sólo el 12% vivía en hogares pobres.

Bernstein define a los trabajadores de bajos ingresos como aquellos cuyo ingreso es menor al costo anual de una línea de pobreza para mantener a una familia de cuatro personas (de acuerdo a la línea oficial de EU). Aunque esta refleja el modelo "ideal" de hogar en el sistema capitalista (formado por un proveedor, un ama de casa y dos hijos), reconoce implícitamente la necesidad de contar con un tiempo suficiente para realizar las labores domésticas y de cuidado de menores.

Usando esta definición encuentra que durante un largo periodo (1973-1997) la proporción de trabajadores con ingreso bajo se mantiene casi constante (alrededor de 30%), y empieza a bajar a partir de 1997, llegando a 24% del total de trabajadores en 2001 (último año de la serie). Esta aparente "estabilidad" de la estructura del mercado laboral norteamericano responde a tendencias divergentes entre los hombres y mujeres que trabajan.

En el caso de éstas, la proporción que gana ingresos bajos se reduce del 50 al 30% a lo largo del periodo (1973-2001), mientras que para los hombres la proporción se mantiene casi constante entre 1971 y 1979; se incrementa a partir de esta fecha y, en 1997, comienza por primera vez a descender. No obstante, al final del periodo (2001) el porcentaje de hombres ganando ingresos bajos era ligeramente mayor (19%), que en 1973 (17%).

Estas tendencias divergentes por género responden a que los hombres padecieron los efectos negativos de la caída del empleo manufacturero y del debilitamiento de los sindicatos, mientras que las mujeres se vieron beneficiadas con el aumento del empleo en el sector de servicios y de comercio.

El trabajo contiene interesante información que permite ver las variables sociodemográficas asociadas a los bajos salarios y la pobreza. Por ejemplo, en 2001, del total de los trabajadores norteamericanos, el 11% era de origen hispano, sin embargo, representaban el 19% de los trabajadores con bajos ingresos y si el universo se restringe a los hogares con ingreso bajo, representaban el 23%.

En términos generales, las mujeres, las minorías étnicas y los de baja educación estaban desproporcionadamente representados entre los trabajadores de bajos salarios y entre los que vivían en hogares pobres. Bernstein resalta que tres quintas partes de este tipo de trabajadores laboraban tiempo completo y, cuando

se controla por ingreso bajo en el hogar, esta proporción aumentaba a más de dos terceras partes (65 por ciento).

Lo anterior muestra que los hogares pobres en EU tiene en su mayoría al menos un trabajador de tiempo completo y que, por tanto, la pobreza responde más a un problema de bajos salarios que a uno de baja participación laboral. Las proyecciones de la posible evolución del empleo en ese país no eran muy alentadoras al tiempo en que se escribe el trabajo (2004), se esperaba que los empleos mal remunerados fueran los que generaran el mayor número de plazas nuevas.

Este panorama se vuelva más obscuro si consideramos las recientes noticias sobre la mayor alza del desempleo observada en los últimos veinte años en EU, que se conjuga con la posible recesión mundial, que harán que se esfume para muchos el ya de por si deteriorado sueño americano.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx